

Darío Jaramillo

HISTORIA DE SIMONA

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

ESTA NOVELA SE TERMINÓ GRACIAS A UNA BECA DE LA JOHN SIMON GUGGENHEIM FOUNDATION

Para la adjudicación de la XV Edición
del Concurso de Novela Corta «José María de Pereda» 2010
el Jurado nombrado al efecto fue:

Presidente:

Excmo. Sr. Consejero de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria y
Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Regional de Cultura y Deporte, S. L.
D. Francisco Javier López Marcano

Vocales:

Doña Almudena Grandes Hernández
Don Andrés García Trapiello
Don Carlos Galán Lorés
Don Manuel Ramírez Giménez

Secretaria:

Doña María José Torre

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Ilustración de la cubierta: © Rosa Martínez-Artero

1ª edición: marzo de 2011

© Darío Jaramillo Agudelo, 2011

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

en coedición con:

GOBIERNO DE CANTABRIA
Consejería de Cultura, Turismo y Deporte



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-09-3

DEPÓSITO LEGAL: M-12307-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

CAPÍTULO I

1

ESTA historia no tiene argumento. No es una historia. No debería llamarse así, *Historia de Simona*. Bastaría tachar la mentira, lo de «historia», para encontrar un título más escueto y verdadero: *Simona*. *Simona*, que es el nombre de la persistente obsesión de José Hilario López durante más de quince años de su vida.

Como supondrá el conocedor de historia de Colombia grado elemental, el nombre de José Hilario provenía del siglo diecinueve, del presidente que decretó la libertad de los esclavos, sin duda el López más notable de la historia de Colombia. Su padre, el padre del José Hilario de esta historia, sin ninguna pretensión de ser descendiente del ilustre payanés, un López tan simple como cualquier López, se sentía muy bien rindiendo un homenaje, un recordatorio vivo, al bautizar a su hijo de un modo que, sumado a su apellido, daría por

resultado el nombre del presidente que manumitió los esclavos.

José Hilario. Así lo llamaban en la casa sin que él se diera cuenta de que era un nombre poco habitual. Cuando entró en la escuela, la burla de sus compañeros lo indujo a llamarse solamente José, José López mucho gusto, ocultando el Hilario que, sin embargo, brotaba en las circunstancias más inesperadas. Entonces, ya mayorcito, optó por un José H. López, un José H. que, pronto, con el uso diario, se convirtió en un coloquial Josehache López, tan aceptado, que muchos, en circunstancias más formales, como dirigirse a él por escrito, se tomaban la libertad de inventar el significado de la hache: José Hernando, José Horacio. Hache no es la única palabra que empieza por hache.

Cuando José Hilario conoció a Simona, ya era Josehache. Era 1990 o 1991, él no puede precisar la fecha, en todo caso fue en la época en que trabajó de cajero en un bar del norte de Bogotá. Eran unos horarios que José Hilario López, el verdadero, el que liberaba esclavos, hubiera considerado plena prueba de esclavitud. Entraba a las siete de la tarde y salía a las dos de la madrugada, mentira, a las dos cerraban y seguía un largo interludio que los clientes, unos muy borrachos, otros menos, se tomaban para terminar su trago, pedir otro, discutir porque se acababa el servicio, pagar la cuenta, seguir hablando un rato, roncear otro, luego,

largo suspiro, casi tres cuartos de hora en la faena de vaciar el local, por fin cerrar, cuadrar la caja, llenar planillas, en fin, llegaba a su casa casi a las cuatro de la mañana y se levantaba unos días, los peores, a las seis, otros, los suaves, a las nueve para ir a clases en la universidad.

Después conseguiría otros trabajos menos esclavizantes, pero a Simona la conoció en ese bar caro e insípido. Años después, con el recuerdo lejos y la exasperación encallecida, Josehache se decía: dos cosas le debo a bar de Rigoberto Saavedra. Una, haber conocido allí a Simona y, dos, mi odio al alcohol.

2

La *Historia de Simona* o, más escuetamente, *Simona*, no debería comenzar con los cinco párrafos anteriores que se anteponen a este recomienzo, a este sexto y, de nuevo, primer párrafo, inicio de esta historia sin historia que empieza con las siguientes palabras, séptimo y primer párrafo:

Cuando la vio en la puerta del bar, entre la penumbra, José Hilario quedó hechizado por Simona. Hechizado. Escogí ese verbo, porque aquello, que podría llamarse también «amor», es posible que fuera más allá.

Era temprano, acababan de abrir y no había clientes. El portero pulsó el botón que encendía una pequeña luz en la caja registradora, frente a Josehache; éste alzó la mirada y medio segundo después apareció Simona en el umbral.

Sigue un verbo que combina varios otros: Josehache se estremeció. Sintió un vértigo que lo subió un metro por encima del suelo. Flotaba. La sístole diástole se convirtió en un tambor que le sonaba, pum pum, durísimo en el pecho. Comenzó a temblar. Por medio instante se enceguenció, enseguida recuperó la vista pero sólo la veía a ella, a nadie más, y el estremecimiento, el vértigo, la flotación, el pum pum, el temblor y el deslumbramiento se juntaron en una sola cosa.

¿La veía a ella, a nadie más? Es imposible la comparación entre lo que percibió Josehache y la Simona que entró en aquel bar costoso y anodino, la real, la que todavía estaba digiriendo un almuerzo que comenzó a la una y proseguía ahí, en el bar en donde trabajaba Josehache: en el instante en que entraba, ella pensaba en eso, en que necesitaría ayudar a la digestión del banquete de medio día.

Podemos seguir a Simona para huir de la alucinación de Josehache. Simona entró, miró al frente, vio a Josehache detrás de la caja, en un extremo de la barra y se encaminó hacia él. Mientras llegaba notó que ella

era el único cliente en el local y quiso aclaraciones. Josehache recordará siempre la afirmación-pregunta que oyó:

–Me dijo el portero que ya abrieron, que hay servicio...

Sus palabras quedaron en el aire. Era claro que esperaba una confirmación de parte de aquel jovencito que estaba detrás de la caja y al que ahora miraba en espera de una respuesta y con un interés adicional en él.

Volvamos a Josehache: él sintió que esa mirada que acompañaba la pregunta lo traspasaba, lo absorbía por completo, y luego lo devolvía de nuevo, transformado, al asiento frente a la caja registradora.

–Sí, sí –gagueó con voz temblorosa, voz que se afirmó merced a la sonrisa celestial de Simona–, ¿desea una mesa?

Josehache percibió con certeza que la mirada de ella se lo tragaba, que él estaba dentro de su risa, dentro de su mirada, dentro de un susurro cantarino que le contestó:

–Estoy pendiente de que alguien venga. Prefiero ir a la mesa cuando llegue. Esperaré aquí, en la barra.

Simona se instaló a un metro de Josehache, diagonal a él. Si giraba apenas su cabeza a la izquierda, podía ver a Simona sentada en una confortable butaca, alta hasta el punto de que era muy cómodo instalarse en ella apoyando los codos sobre la barra. Tan conforta-

ble era su posición que el primer comentario de Simona fue:

–En esta barra es difícil empinar el codo.

Josehache celebró con risa la ocurrencia de Simona. El sentido del humor acabó de subyugarlo. Levitaba. Se dio cuenta de su temblor. ¿Oirá ella el retumbar sinfónico de mi corazón?, se preguntó casi aturdido por ese pum pum que ya no venía de un tambor; parecía más bien la nota más baja de un contrabajo eléctrico sonando entre el pecho pum, pum, pum, aceleradamente.

El chiste de ella le dio a él la oportunidad de recuperar cierta realidad perdida entre brumas, su rol laboral. En teoría, debería atenderla el barman, que en ese instante hablaba por teléfono en la trastienda.

–¿Qué desea tomar?

Simona regresó a la pesadez del almuerzo. ¿La salsa del plato principal, la pasta de hojaldre del postre? Algo le costaba a su digestión.

–Dame un agua mineral y, aparte, una rodajas de limón.

–Con gusto... ¿Hielo?

–No, gracias.

Diez años después, doce años después, hoy, Josehache podía, puede, repetir palabra por palabra esa conversación. Las pocas veces que se emborrachaba –como es capaz de hacerlo alguien que odie el alcohol– repe-

tía el guión fijándose también en los silencios, por ejemplo lo último, «no (pausa para mirarme, para hacerme sentir su mirada, ella me lame con la mirada, pausa para lamer), gracias».

Para esos tiempos José Hilario ya sabía, por confesión de Simona, que él no le fue indiferente, que le gustó desde el primer instante. Aquí puede quedar corto eso de que él le gustó a ella. O largo, depende. Para mirarlo del lado de ella, cuando Simona sentía que alguien le gustaba y se sentía en libertad, podía llegar a devorarlo.

3

Si se le preguntara a Josehache por, digamos, los diez momentos más felices de su vida, la hora siguiente a haber visto a Simona por primera vez formaría parte de ese conjunto. Fue la hora que Simona tuvo que esperar a su invitado. Conversaron. Rieron. Y, si el introito estaba cincelado en la memoria de Josehache, esa hora estaba borrada por completo. Hablaron de Simona, pero Josehache ignora en qué orden recibió la información que poseía de ella. Hablaron de él, pero él se felicitaba por haber olvidado lo que le dijo a Simona ese día. Esa misma noche, a la madrugada, Josehache trató de reconstruir la conversación, quiso

saber qué contó, pero lo tenía borrado. Una laguna en la embriaguez del amor, pensaba, por analogía con las lagunas en la memoria del borracho.

Uno puede retroceder a ese día, a esa madrugada de la laguna. En ese momento, en ese insomnio desconcertado pero feliz, Josehache sabía que estaba enloquecido por una mujer llamada Simona, Simona Escobar. En medio de su alucinación de cinco de la madrugada, calculaba que Simona tenía por ahí treinta y dos años. Es mayor que yo, pensaba un Josehache de veintiuno. Me debe ver como un bebé, lloriqueaba mentalmente.

Para entrar en precisiones, cuando se conocieron, Simona estaba próxima a cumplir cuarenta y dos años. Pero el cálculo de Josehache no era la ceguera del amor. Cualquiera otro estimaría, como mucho, una recién estrenada treintena. Por su parte, Simona se daba cuenta de la edad de Josehache. En lugar de menospreciarlo por este motivo, la extremada juventud le aumentaba el interés a Simona, pero Josehache no se daba cuenta y la sentía por completo inalcanzable.

Esa misma noche, la primera, él también supo que Simona era casada con un diplomático, que vivía fuera del país y que venía a ver a su familia en Bogotá. Esto último puso a Josehache a cavilar otro rato cuando ya amanecía. ¿Adónde se hospedaba? ¿En la casa de su familia?